

gencias del emperador entregando los prisioneros romanos á Tiberio, y se hizo la paz entre Roma y la corte de Ctesifonte, dejando Fraates que la Armenia pasara á ser cliente de Roma en vez de serlo de los partos. Tiberio no tuvo necesidad de desenvainar la espada para colocar á su protegido Tigranes III en el trono de Artaxata. Artaxias habia sido muerto por sus parientes.

Cuando Augusto regresó á Roma desde la isla de Samos, á la cual concedió la autonomía en recompensa de su hospitalidad, y donde recibió, entre otras, una embajada judía con importantes presentes, entre ellos algunos tigres de Bengala desconocidos entre los romanos, se celebró como un triunfo la vuelta de los prisioneros hechos por los partos, acuñando medallas, haciendo sacrificios y por medio de poesías heroicas. El emperador declaró ante el Senado que los romanos debían contentarse con lo que poseían entonces y no pretender hacer nuevas conquistas. En verdad, prescindiendo de insignificantes correrías de los muchos pueblos bárbaros vecinos de las extensas fronteras del imperio, podía decirse que la paz exterior se hallaba asegurada. España misma habia sido reducida á la impotencia por largos siglos, habiendo contribuido mucho á ello el célebre Agripa. El anciano general, después de haber normalizado la situación en Roma se dirigió á principios del año 20 á las Galias, para darles tranquilidad interior y asegurar la paz exterior con los germanos, dedicándose con energía á concluir las vías iniciadas por Augusto. También parece que llevó á cabo muchas de las fortificaciones de Nemansus (Nîmes). Sin embargo, pronto tuvo que dirigirse á España, en donde los pueblos que hacia cinco años habian sido derrotados, pretendían de nuevo sacudir el yugo romano. El año 19 pudo por fin la energía de Agripa quitar para siempre las esperanzas á los habitantes del Norte de España, y aumentó las fortificaciones del país con nuevas colonias, especialmente Cesar Augusta (Zaragoza), Pax Julia (Beja), Scallabis (Santarem) y muchas otras.

Ya hemos visto que Agripa gozaba cada vez más del favor del emperador. El año 18 se le concedió por cinco años el poder tribunicio, y cuando Julia, de quien el año 20 habia tenido un hijo llamado Cayo, le dió otro el año 17, llamado Lucio, Augusto adoptó á ambos, por lo cual tomó cada uno el nombre de César.

La nueva dinastía parecia ya tan asegurada como la paz universal; pero precisamente cuando Agripa, en el verano del año 17, emprendió, con plenos poderes, un viaje de inspección al Oriente, verificóse en Occidente, en la política exterior de Augusto, un cambio cuya influencia duró siglos enteros, poniendo á dura prueba la utilidad y fuerza de las nuevas grandes creaciones del principado, especialmente del ejército permanente.

Augusto, inmediatamente después de la derrota de Antonio, en el año 30, trató de librar al país de la considerable masa de soldados que le oprimía. Los auxiliares fueron licenciados y enviados á sus provincias, y los veteranos que no debían continuar en el servicio fueron indemnizados con dinero y concesiones de tierras. A su regreso de Egipto, el año 29, empezó el gran trabajo de la reorganización de la fuerza armada del imperio, obra que duró largos siglos. Augusto, lo mismo que César, no quiso fundar un imperio militar. Por el contrario, en todo su reinado se observa la tendencia á restablecer entre los soldados y los oficiales la disciplina, que tanto habia sufrido durante la guerra civil, y convertir al ejército en mero brazo del imperio. Por otra parte, la necesidad de mirar por la seguridad exterior del Estado y la circunstancia de que el dominio de la familia Julia en el interior dependía solo de conservar permanentemente la posesión del poder, hacían necesario destruir com-

pletamente el antiguo sistema militar de la república y crear un ejército permanente que se conservara íntegro en tiempo de paz y prestara juramento de fidelidad á Augusto como único *imperator*. Las diferentes circunstancias á que tuvo que atender Augusto al reorganizar el ejército dieron á las tropas romanas del imperio un carácter especialísimo. Muchos de sus rasgos son análogos á los de nuestras tropas modernas de Europa y América, pero el conjunto era muy original, tenia una fisonomía propia y con el tiempo tuvo una vida interior maravillosa.

La idea fundamental de Augusto fué que las tropas de línea del imperio, esto es, las legiones, no debían residir solo en Italia sino por el contrario estar distribuidas en las provincias fronterizas del imperio, situándose en puntos estratégicos.

Sus campamentos fortificados fueron origen de grandes ciudades, muchas de las cuales existen aun hoy día. En épocas de paz se entretenía á los soldados en ejercicios y marchas durante el invierno, y en verano se les instruía en los campamentos. Se les empleaba asimismo en grandes mejoras, tales como la construcción de los caminos militares y la desecación de pantanos. Siguiendo el modo de pensar de la antigua república, quería Augusto que las legiones estuviesen compuestas solo de ciudadanos romanos, con la idea de convertirlos al mismo tiempo en elementos de romanización del imperio; pero debía protegerse á la pobre Italia, semi-despoblada á consecuencia de las numerosas guerras de que habia sido víctima hasta la muerte de César. Augusto adoptó un sistema especial para completar sus legiones: en principio, todos los ciudadanos romanos que habian nacido libres estaban obligados al servicio de las armas; sin embargo, en la práctica eximió á Italia del reclutamiento para las legiones, excepto en los casos de necesidad absoluta. En la alta Italia se hicieron aun reclutamientos durante algun tiempo, pero en el resto de la provincia solo entraban en lucha con el enemigo los que querían servir voluntariamente. En cambio el reclutamiento se llevó á cabo con rigor entre los ciudadanos romanos de las provincias, aunque sin oprimirles, como se hizo después en tiempos de Caracalla. Con excepción de los últimos años del reinado de Augusto, hasta principios del siglo III no se formó ninguna legion enteramente nueva. El sistema de Augusto consistía en enseñar el ejercicio de las armas á la nación entera, llamando á las banderas á la juventud, al paso que entrase en edad de llevar las armas; y acortando el tiempo de servicio, tener en los licenciados una gran masa para formar en caso necesario el ejército de reserva. No tenia que hacer para esto más que reemplazar á los soldados que anualmente fueran licenciados, y cuyo número se calculaba en 18 á 20,000 hombres. La población libre y ciudadana del imperio, era primero de diez y seis á diez y siete millones, posteriormente de diez y ocho á diez y nueve millones de almas; y como el número de ciudadanos romanos se habia aumentado en las provincias en este tiempo, aun exceptuando la península itálica, podía contarse con unos cinco millones de habitantes libres, de los cuales no era difícil sacar el número de reclutas indispensables para cada año. Si sucesos inesperados hacían indispensable el completar de un modo rápido las legiones, se echaba mano de los auxiliares provinciales, á los cuales después de terminado el servicio ó al cabo de un número fijo de años se les concedía el derecho de ciudadanos romanos. En los reclutamientos ordinarios, entre las circunstancias necesarias para ser útiles para el servicio se contaba la estatura, que debía ser de unos 5 pies 10 líneas (1,75 metros). Si no era bastante el número de voluntarios, que por regla general eran muchos, procedentes de las clases proletarias, que trataban así de crearse

una vejez independiente, se echaba mano del reclutamiento forzoso, permitiéndose la sustitución. Las consecuencias de este sistema fueron por una parte que la península italiana, en donde cesó el reclutamiento y se suprimieron las fortalezas, fué perdiendo cada vez más el espíritu guerrero, y por otra parte, la gran mayoría de los soldados de las legiones, como habia sucedido en tiempo de Mario, se compuso de proletarios que convertían el servicio militar en su oficio, y con excepción de los oficiales superiores los soldados formaron una corporación especial. En el curso del tiempo los cuerpos de ejército de las distintas provincias imperiales adquirieron un carácter local, debido á la manera de reclutarlo, circunstancia que influyó muchísimo en la historia posterior del imperio. Al mismo tiempo que se procuraba por el bienestar material de los soldados durante el largo tiempo de su servicio, al darles la licencia se les regalaba una cantidad que les sirviera para su vejez. El sueldo anual de los legionarios era de 225 denarios (245 pesetas), y además Augusto al despedirles les daba una indemnización, que en un principio fué en tierras ó en dinero, pero que desde el año 7 antes de J. C. fué pagada en dinero sacado del erario militar, y desde el año 5 se fijó en 3,000 denarios (3,266 pesetas), que se pagaban el 1.º de Marzo, día en que entraban en caja los reclutas y se daba la licencia á los veteranos. Pero por regla general el emperador sustituía el dinero con terrenos en las provincias, obteniendo así la romanización del imperio y el aumento de la población en las provincias fronterizas, cosa muy útil para rechazar el ataque de los enemigos.

Augusto permaneció fiel á la moderación que habia tenido la república en los llamamientos á las armas. Tanto por razones económicas como por consideración á la diezmada población, y atendiendo á que no pensaba en nuevas conquistas ni tenia que temer á ningún poder militar, de las cincuenta legiones de que podía disponer después de Accio, solo conservó diez y ocho como núcleo de su nuevo ejército; esto es, doce de su propio ejército y seis del de Lépido y Antonio. En la reorganización fundió varias veces los restos de dos legiones en una sola, pero en lo demás les conservó el número y nombre que tenían en tiempo de los triunviros. Sucedió entonces que los números de las legiones llegaron solo hasta el XII, y por lo mismo habia tres legiones que tenían el número III y dos para los números IV, V, VI y X, legiones que solo se diferenciaban por su nombre, que unas lo sacaban del punto donde se habian reclutado, otras de los adversarios á quienes habian vencido y otras de divinidades ó circunstancias especiales de su historia. El número de tropas con que empezó Augusto era pues muy reducido y el emperador no lo desconocía, pero esperaba cubrir esta falta de varios modos. Por una parte contaba con las secciones de auxiliares y por otra las legiones se hallaban en pié de guerra, pudiendo ser movilizadas y entrar en campaña á cada momento. Su organización interior era perfecta, sus armas excelentes y su conjunto estaba formado de soldados experimentados. Finalmente, el número considerable de vías militares hacían posible, en caso de necesidad, el traslado de las columnas de una provincia á otra.

La nueva organización daba á las legiones un carácter muy diferente del que habian tenido hasta entonces. La legion correspondía á la *division* de los ejércitos modernos; en sí constituía un pequeño ejército que comprendía tres clases de armas. Hasta la época de Adriano la fuerza de la infantería era de cinco mil trescientos hombres, comprendiendo diez batallones ó cohortes de cuatrocientos ochenta hombres; cada cohorte estaba formada de seis centurias de ochenta hombres y la primera ó cohorte pretoriana tenia

doble fuerza. Con la infantería iba una sección de ciento veinte caballos, dividida en cuatro subsecciones ó escuadrones. Además formaba parte de la legion un parque de artillería que, en tiempo de Adriano, estaba compuesto de diez piezas pesadas que lanzaban piedras y dardos siguiendo una línea curva, y cincuenta y cinco ligeras de proyectiles horizontales. Las secciones de trabajadores, mineros, maestros de obras militares é ingenieros no fueron agregadas á las legiones hasta la época de Septimio Severo; hasta aquella época figuraron como cuerpos independientes bajo el mando de un prefecto de la clase de caballeros, que era nombrado por el jefe del ejército.

Las demás clases que la nueva organización hacia indispensables, tales como empleados de las oficinas y de la caja (entre ellos libertos y esclavos) ó de la administración militar, de los almacenes y del arsenal, y además los tribunales militares, los músicos, y los muchos médicos y empleados de los lazaretos, los citamos solo para hablar de los oficiales. Hasta el siglo tercero del imperio los soldados de las legiones podían desempeñar todos los cargos subalternos hasta el de «principales», y podían llegar desde jefes de la última centuria de la décima cohorte á jefes de la primera centuria



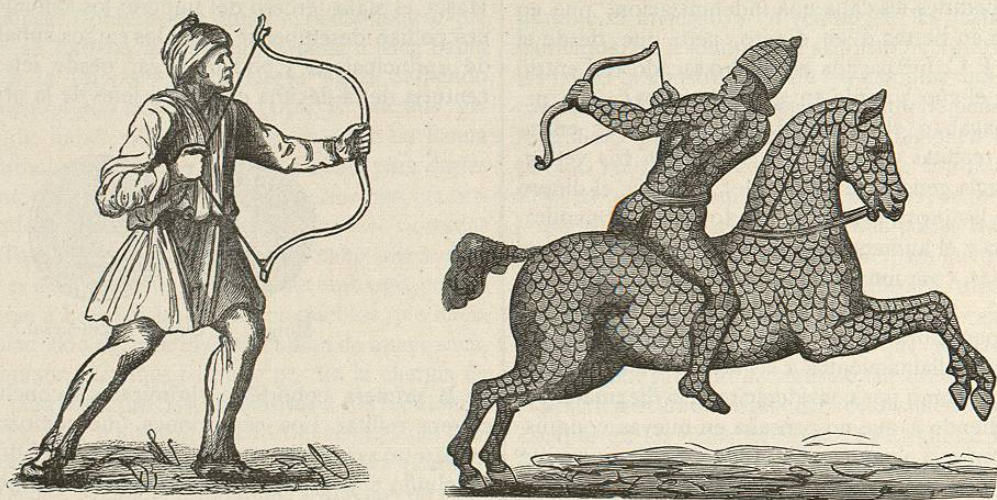
Moneda de Cayo y Lucio César

de la primera cohorte ó «primipilus», concluyendo allí su carrera militar. Los centuriones, que como signo distintivo usaban un sarmiento con el que eran castigados los soldados, concluido el tiempo de servicio se retiraban con muy buenas condiciones á la vida privada, pues eran muy favorecidos al fundarse nuevas colonias y con mucha frecuencia se les elevaba á la categoría de caballeros. En casos especiales, si eran útiles para continuar en el servicio, eran nombrados comandantes de plazas fortificadas (prefectos de campamento), que tenían á su cargo el servicio de guarnición, y en caso de guerra debían cuidar del aprovisionamiento y de los trenes, los caminos, los puentes, los reductos, y podían llegar á jefes de las tropas técnicas. Finalmente, los centuriones experimentados y que conservaban aun toda su energía podían llegar á coroneles ó tribunos de las tres clases de tropa residentes en Roma, pero raras veces eran nombrados coroneles de las legiones.

La experiencia de los soldados veteranos, que eran el mayor número en las legiones,—sobre todo en aquella época en que no se conocían las armas de fuego,—hacia posible la instrucción de los soldados por el escaso número de oficiales con que contaban (sesenta y seis para cada una). Además los múltiples conocimientos de los centuriones, especialmente los de «primera clase» ó jefes de las cohortes, completaban lo poco que pudiera faltar de práctica á los oficiales superiores. Estos eran, en primer lugar, el legado ó general de división, oficial senatorial, generalmente de la clase de pretores, que mandaba la legion y los auxiliares agregados á ella. A sus órdenes se hallaban los seis tribunos ó coroneles, jóvenes de la clase de senadores ó de la de caballeros, que no habian servido nunca como soldados,—aunque después se fué haciendo costumbre empezar el servicio como centurion,—y que habian hecho sus primeras campañas al lado del general en jefe. Eran los jefes de las legiones en las marchas y en los combates, y eran miembros del consejo de

guerra juntamente con los primipilares y los jefes de las cohortes, teniendo además á su cargo los asuntos de administracion militar y la policia de los campamentos.

Como en tiempos de la antigua república, la infanteria de línea romana venia á ser el núcleo del ejército, al cual se aplicaban los cupos mas recientes de los reclutamientos sucesivos. Al lado de la mitad romana del ejército activo estableció otra Augusto, la provincial ó de las tropas llamadas auxiliares. Por regla general se daba este nombre á todas las secciones que se reunian á las legiones en provincias, y por lo tanto las legiones de veteranos, muchas veces al concluir los veinte años de servicio (y con frecuencia para no tener que darles el premio acostumbrado al licenciarlas) se las guardaba reunidas como tropas escogidas, juntamente con las cohortes formadas de voluntarios italianos, de las cuales existian treinta y dos. Pero la mayor parte de las tropas auxiliares consistia en caballeria y tropas ligeras, cuyo núme-



Arqueros (copiado el primero de la columna de Antonio y el segundo de la de Trajano)

Los comandantes de las cohortes se llamaban prefectos y algunas veces tribunos; estas plazas las desempeñaban generalmente primipilares experimentados, que podian pasar pasajeramente á coroneles de las legiones para convertirse despues en prefectos de los regimientos de caballeria auxiliares. Los servicios en estas secciones se recompensaban con el derecho de ciudadanía romana, concedida á los veteranos que mas se habian distinguido.

Las tropas de línea del imperio y las auxiliares podian ser protegidas en caso de gran necesidad por la adición de las milicias municipales y aun de la milicia provincial, completamente organizadas en ciertos puntos ó por el levantamiento en masa de provincias enteras. Además la alta inteligencia militar de los romanos habia conducido al emperador, como veremos mas adelante, á situar escuadrillas armadas en los rios fronterizos del imperio y algunas veces en los lagos. Pero antes de que esto sucediera, Augusto, remediando con ello un descuido de la república, fué el fundador de una escuadra de guerra romana permanente. La mayor parte de los buques de guerra imperiales, que salvadas contadas excepciones eran buques de tres puentes y liburnas, estaban destinados á la defensa de las costas y aguas de Italia. Las dos escuadras principales de Italia, compuesta cada una de doscientas cincuenta velas y de diez cohortes de soldados de marina, tenian sus estaciones en Miseno y en Rávena. Además habia en permanencia en distintos puntos del mar Mediterráneo varios buques pequeños. De estas divisiones son conocidas una establecida en Forum Julium (Frejus) en la

ro,—aunque cambiaba segun las necesidades del momento, —generalmente estaba en relacion directa con el de legionarios, á quienes estas tropas en todas partes acompañaban. Los auxiliares estaban en parte armados é instruidos al estilo romano y en parte conservaban aun las armas que se usaban en su respectivo país. Por este motivo el ejército en marcha tenia un carácter muy pintoresco. No solo al lado de la pesada infanteria romana y de los lanceros se hallaban los arqueros y los honderos, la caballeria ligera y los coraceros, sino que tambien por su carácter etnográfico era tan variado el ejército imperial como no se habia visto nunca. Los auxiliares, cuyo tiempo de servicio era de veinticinco años, se dividian en *cohortes* de quinientos á mil hombres (muchas de ellas estaban compuestas de trescientos ochenta hombres y ciento veinte caballos ó de setecientos cuarenta hombres y doscientos cuarenta caballos), y en *alas*, ó regimientos de caballeria de cuatrocientos y de novecientos sesenta caballos.

Galia, formada con los buques conquistados en Accio; la estacion de Aquileya; la escuadra póntica establecida en Trapezunte (cuarenta buques con tres mil soldados) destinada á velar por la seguridad del mar Negro, y finalmente la egipcia, á la cual estaban agregados los buques aduaneros y guarda-costas del Nilo. El mando inmediato de las escuadras, que estaban directamente á las órdenes del emperador, lo desempeñaban en su nombre prefectos ó almirantes. Pertenecian á la clase de caballeros (rara vez libertos) y eran oficiales experimentados del ejército, antiguos primipilares, tribunos de legiones y comandantes de la caballeria, que contaban con un numeroso personal de oficiales de distintas categorías y empleados de administracion. La tripulacion estaba compuesta de libertos y provinciales que adquirian el derecho de ciudadanos romanos despues de veintiseis ó mas años de servicio, y eran los que estaban peor retribuidos. No habia distincion entre los soldados de marina y los marinos.

Situacion muy distinta tenian el corto número de tropas destinadas exclusivamente á permanecer en Italia y en la capital romana, para protegerla y formar la guardia imperial. En los tiempos guerreros de la antigua república se habia tomado la costumbre de destinar al cuartel general y á la proteccion del general en jefe una seccion escogida de las tropas italianas de infanteria y caballeria. Cuando posteriormente el gran conquistador de Cartago, Escipion Emiliano, emprendió la guerra de Numancia y tuvo que acometer el difícil trabajo de restablecer la disciplina en el desorgani-

zado ejército de España, formó para su seguridad personal con sus amigos y clientes una cohorte de quinientos hombres, á la cual agregó algunos caballos, y dió el nombre de «batallon de los amigos», ó «cohorte pretoriana,» tal fué el origen de la guardia imperial. Desde aquella época todos los gobernadores romanos tuvieron el derecho de tener una cohorte pretoriana formada de voluntarios que recibian una mitad mas de sueldo que los legionarios. Cuando Antonio y Octavio organizaron nuevamente las tropas despues de la batalla de Filipos, formóse el año 42 la verdadera guardia, y la «cohorte de los amigos» de los jefes de la nacion dejó de ser una institucion militar. Los vencedores formaron entonces con los veteranos licenciados que pidieron continuar en el servicio un gran número de cohortes pretorianas, que en conjunto sumaban ocho mil hombres. Cinco de aquellos batallones de la guardia lucharon en Accio bajo las órdenes de Octavio, y cuando se fundó el principado y el cuartel general del emperador se trasladó á Roma con su carácter de *imperator* permanente, fué cuando la institucion de la guardia recibió la organizacion definitiva. Gozaban de mayor sueldo que las demás tropas del imperio; el número de cohortes se fijó en nueve ó diez, contando cada una con mil hombres, y el tiempo que debian permanecer en el servicio era cuatro años mas corto que el de los soldados de las legiones. Los reclutas debian ser voluntarios, y los soldados debian proceder de la parte verdaderamente latina de la Italia, especialmente de los cantones latinizados antes de la guerra social.

Bajo el reinado de Augusto solo tres de estas cohortes estaban acuarteladas en Roma, donde daban guardia al palacio imperial. Los demás batallones estaban repartidos en los distintos puntos de la península en los cuales el em-

perador acostumbraba á detenerse. Cada cohorte, generalmente mandada por un tribuno, se componia de diez centurias de infanteria y diez escuadrones de caballeria.

La guardia tuvo en el curso de los tiempos una historia interesante. Generalmente los voluntarios que se admitian eran procedentes de la Umbría, de la Etruria y de la alta Italia, además de algunos originarios de la parte romanizada de la España, del Epiro, de la Macedonia y de Nórlica. El mando superior lo desempeñó personalmente Augusto en un principio; pero desde el año 2 antes de J. C. se nombraron representantes para mandar los soldados de la guardia. Eran por regla general dos y pertenecian á la clase de caballeros, teniendo el titulo de prefectos del pretorio (*Præ-*



Soldados romanos con su equipo (de la columna de Trajano)

fecti pretorio). El tiempo de servicio lo fijó Augusto en el año 5 en unos diez y seis años; el sueldo anual era de setecientos veinte denarios (784 pesetas). Al darles la licencia recibian los pretorianos un presente de cinco mil denarios (5,441 pesetas), ó en su lugar un pedazo de terreno en Italia. Si bien la guardia imperial no adquirió importancia política en el imperio hasta las modificaciones que se introdujeron en ella en los tiempos de Tiberio, la posicion ventajosa que ocupaba y que no era debida á los servicios prestados como tropas escogidas para la guerra, era motivo de disgusto para las tropas de la frontera y aun para los soldados de la guarnicion de Roma, tales como la guardia municipal, las cohortes ciudadanas, y el cuerpo de policia armada y encargada de conservar el orden en la capital. Estas tropas las habia organizado Augusto al fundar el principado de un modo análogo, y al mismo tiempo que la guardia se las reclutaba asimismo en Italia y sus batallones constaban de mil ó mas hombres, siendo mandados por tribunos. Hasta que Tiberio creó una prefectura de policia permanente, el emperador era el jefe superior de todas, y los números de sus cohortes (X, XI y XII) continuaban los de la guardia; en cambio el número XIII estuvo de guarnicion en Lugdunum desde la época de Tiberio y durante todo el siglo primero, sin que sepamos la causa de esta excepcion. Los soldados de las cohortes ciudadanas que tenian sus cuarteles (castra urbana) en Roma en el mercado de cerdos (Forum Suarium), situado en el séptimo distrito, en la parte Norte del Quirinal (hoy Piazza SS. Apostoli), y al Este del Campo de Agripa, tenian categoría inferior á los soldados de la guardia, pero mayor importancia que los legionarios; y aunque servian los mismos veinte años que estos últimos, en cambio gozaban del sueldo anual de 360 denarios (391 pesetas).

La guardia personal del emperador y de los diferentes miembros de la casa imperial era completamente independiente del ejército. Augusto hasta que hubo vencido á Antonio, tuvo una especie de guardia de corps formada de españoles calagurritanos, de Calahorra, y posteriormente los sustituyó con guerreros germanos, antiguos prisioneros de guerra enganchados despues voluntariamente, los cuales figuraban como empleados de la corte, pero en realidad estaban organizados militarmente. Estos soldados valientes y completamente alejados de la política interior de los romanos, eran una gran defensa para el emperador y su dinastía.

Bajo el punto de vista de la hacienda, la organizacion de las fuerzas romanas tal como la habia ideado Augusto



Hondero (copiado de la columna de Trajano)